

## Gato por liebre (La universidad: ¿centro de formación o información?)

TERESA ELENA CADAVID GIRALDO

Profesora de Cátedra, Facultad de Comunicaciones

---

Es raro —o tal vez no— encontrarse en las aulas universitarias con que, no obstante los trabajos y prédicas sobre la formación universitaria, amén de las facultades de educación, en su mayoría los estudiantes —de todos los semestres, y en todas las carreras— esperan la exposición oral de conocimientos, se hundan en su mutismo o indiferencia y se centran en la captura de datos que anotar en sus cuadernos, con la idea, claro, de que son cosas que les permitirán ganar los exámenes o pasar el curso. En general, ese es su comportamiento en clases: no importa la materia, para ganarla seguro hay que atiborrarse pasivamente de información.

Y seguramente lo que “califican” muchos profesores es esa suma de información; de ahí los exámenes poco elaborados de escogencia múltiple, los más fáciles de calificar, y los más inútiles. Al tiempo que los estudiantes emplean sus argucias para ganar o subir una nota, muchas veces sin discutir o argumentar siquiera, porque lo que quieren es más automático: saltar irreflexivamente, acriticamente, del contenido (conocimiento) a la información, para seguir nadando en información.

En suma, se verifica allí que “el ser humano se ha empobrecido genéricamente en cuanto a conocimiento, en cuanto a “poder hermenéutico” se refiere” y que “se ha dado un progresivo “descerebramiento” social a través de la eliminación paulatina de la memoria histórica y del devenir de las actividades/evolución del pensamiento humano”.<sup>1</sup> Y además se concluye que al mismo tiempo que la capacidad interpretativa disminuye, paradójicamente, sobreabundan los datos, la información.<sup>2</sup>

Es la sociedad, la era, de la información —de máquinas maquinamente produciendo información, y la información, más información—, que obnubila y superpone el dato a la reflexión. Al respecto, *información*, entendida como comunicación de datos (*informar*: “dar forma o realidad a una cosa”, comunicarla o describirla), no es lo mismo que *formación*, en tanto ejecución con ellos de algo (*formar*: “hacer cierta cosa con un material o unos elementos”). Cuando se *informa* no se *forma*, se comunica algo, pues solamente uno se forma cuando transforma reflexivamente aquello que se le informa, ya que la formación es un hacer. Así

---

<sup>1</sup> REIG, Ramón (1999): “¿De la caverna prehistórica a la caverna cibernética?: reflexiones sobre la nueva era de la información”, en: *Anthropos*, n.º 186, sept.-oct. 1999, p. 88.

<sup>2</sup> *Ibid.*

al estudiante se le informen análisis, lecturas o interpretaciones que se hagan, esa información es sólo comunicación de ese algo, no la garantía de ejecución de otro algo. Sólo en la medida en que esa información se asimile reflexivamente —en interlocución, a manera de diálogo con nosotros mismos, en el sentido que Platón da al pensamiento—, y lleve a plantearse problemas y hacer elaboraciones teóricas, por más rudimentarias que sean, se entra en el terreno de la formación. En ello se ve el carácter pasivo de la información versus el carácter activo de la formación.

A propósito, este hacer-pensamiento implicado en la formación precede al hacer-instrumento representado por los recursos, pues son los planteamientos, preguntas y problemas sobre un tema o asunto los que guían las elaboraciones que hagamos sirviéndonos de esos recursos, o herramientas. Es decir, el medio no constituye el fin; de ahí la preocupación que pueden suscitar, dentro del ámbito educativo, la apropiación y el manejo irreflexivos de las actuales e inusitadas tecnologías de la información y la comunicación, que nos muestran que, en general, se privilegia el uso de esos recursos o tecnologías y no el conocimiento que se puede obtener mediante ellos.

Es posible, además, que ante esas tecnologías —que posibilitan otras formas de aprender y se toman como importantes recursos de aprendizaje, y de paso suponen un papel más activo del estudiante—, en la promoción o desplazamiento que actualmente se hace de la enseñanza al aprendizaje, como en un juego de manos, se hayan escamoteado esas cosas que se hacen con la información que se recibe, ese hacer-pensamiento con que nos formamos. Entonces, si nos vamos a la etimología, siguiendo a María Moliner, aunque en este caso el prefijo *in-* del verbo *informar* (*in-formar*) no signifique “privación” o “falta”, sí parece que la información se hace pasar por formación, o que información es falta de formación; porque, entre otras cosas, si uno no procesa la información que recibe, si uno no modifica en algo su posición epistemológica, si uno no se confronta y confronta esa información con el saber —formulando preguntas, planteando problemas, cuestionándose...—, para lo cual es fundamental el ejercicio atento de la lectoescritura, ¿dónde queda la formación?

La formación, es un hecho consubstancial, está atravesada por la lectoescritura, que implica un trabajo —un hacer— intelectual, en el que nos planteamos problemas, averiguamos por el saber y nos hacemos y respondemos preguntas. Por supuesto que el cambio de paradigmas en el sistema educativo, con el arribo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, supone un cambio de actitud hacia la lectoescritura; pero es preciso asegurarse de que ese cambio no restrinja sus alcances a la mera búsqueda de información en los textos.

Y al respecto, se tiene la sospecha de que, en nuestro medio, la precariedad con que llevan a cabo los procesos de lectoescritura los estudiantes universitarios en su mayoría —ni qué decir de los estudiantes de educación básica— es reflejo del manejo acrítico de esos medios electrónicos y viceversa: la lectoescritura es practicada de manera acrítica, sin que se comprendan ni se relacionen los textos con experiencias, conocimientos e ideas propias; más propiamente, la lectura que se practica se dirige a la búsqueda de información sin criterios, sin categorización ni jerarquización de contenidos, como lo hacen por entretenimiento los jóvenes que gastan su tiempo navegando en la internet y que no saben qué hacer con la información, ni, menos aún, cuál es la verdaderamente relevante y formativa. He ahí otro tema que

merecería discusión aparte: los criterios (epistemológicos) de búsqueda de información en esta era de la información y la comunicación.<sup>3</sup>

Entonces, se podría plantear que si lo que la institución realmente pretende es educar pensando en la apropiación reflexiva de esas tecnologías, en un mundo globalizado, debería centrarse en la lectoescritura como premisa o garantía de formación; no al contrario: no es la cultura de la globalización y el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación lo que asegura la formación basada en la lectoescritura.

Por otro lado, si bien hace ya bastante tiempo dentro de los modelos educativos se cuestionó la tradicional transmisión memorística, el aprendizaje de memoria y sus métodos pedagógicos, la suplantación de la formación por la información, asunto que involucra una actitud ante el conocimiento, tal vez pueda explicarse como un “fenómeno de época”, que reemplaza la conocida tradición *memorística* por una corriente que podríamos llamar *actualística*. Así, esa modalidad tantas veces cuestionada a la escuela pasó a ser, en el afán de vivir al día, reemplazada por la omnipotencia del dato —posibilitada por la informática, la electrónica y las telecomunicaciones—, como si la tendencia *memorística*, que dogmáticamente nos hacía pegarnos de algo, tuviera como vertiente la *actualística*, que vacuamente nos impide pegarnos de algo. Y todo el mundo habla de que hay que estar actualizados; si no, nos quedamos atrás...

No habría, pues, una diferencia tajante entre llenar pasivamente la memoria de información (memorística) y mantenerse actualizado (actualística). Sin duda, podemos practicar ambas cosas, y de hecho lo hacemos; pero, en el medio académico, en la enseñanza en las clases, es muy posible que los alumnos no logren esta práctica sin dejar de lado la reflexión. O tal vez sea esa práctica lo que les escamotee la reflexión.

Está bien que para pensar necesitamos información que procesar, pero si, en el afán de estos tiempos, todo lo que nos llega hay que apresarlo antes de que sea obsoleto (¿bajo qué criterios?), y nosotros seamos también obsoletos si nos quedamos por fuera, ¿cuándo alcanzamos a procesar?; ¿cuándo, cómo y con qué se relaciona lo leído? En las aulas, valga la analogía, llenarse de datos es a mantenerse actualizado, como ser un sabelotodo, es a tragar entero, o algo así. Todo por la práctica acuciante del dato, por ese exceso de información.

Curiosamente, culturalmente hablando, como “fenómeno de época” también nos llega la presencia extendida de la llamada literatura de “autosuperación”, que nos alimenta con fórmulas: fórmulas para vivir, fórmulas para alcanzar el éxito... Y paralelamente, entonces, el medio y los estudiantes parecen exigir fórmulas para aprender, fórmulas para leer y escribir textos... Como si hoy la enseñanza y el aprendizaje se redujeran a ejercicios de “autosuperación”. En consecuencia, ese discurso académico en que se sustenta el saber letrado universitario ¿no resulta debilitado?

Entonces, la universidad parece ser un Gran Banco de Datos e Información. La idea es que los estudiantes se carguen de información —cuanta más, mejor— y se apropien de temas irreflexivamente, sin siquiera hacerse preguntas; y entonces las clases resultan una suerte de juegos de azar, en los que el profesor provee información que, con suerte, en el mejor de los casos, los mueve a pensar. Lo que de paso ayuda a entender por qué el gran número de estudiantes por grupo en los cursos supuestamente

---

<sup>3</sup> Al respecto, valga mencionar artículos que introducen en el asunto, como: Bruckman, Amy S. “Student Research and the Internet”, en: *Communications of the ACM*, 48 (12):35-37, Nueva York, dic. 2005.

destinados a la lectoescritura. No se puede evitar ver en ello un atentado contra esa mayoría de edad que supone, siguiendo a Kant, el pensar por sí mismos: el predominio de la información sobre la formación en nuestras aulas, esa forma del filisteísmo, ¿no expresa una permanencia en la minoría de edad?

Correo electrónico: [thcg1@yahoo.es](mailto:thcg1@yahoo.es)